

Pescadores a caña

Como el mendigo que pide una limosna, solícito, hoy una idea para esta Sintonía. «Hable de estos pescadores a caña, que ahora abundan», parece que una voz me insinúa.

Dudo. A veces quien pide consejo, es precisamente para no seguirlo; para no ponerlo en práctica. Pero he solicitado una limosna, y no quiero ser ingrato.

Los pescadores a caña han de ser los personajes de esta Sintonía. Felices personajes, que mejor que nadie pueden darle vida. Y si no, leamos: «No hay vida tan feliz y tan alegre como la del pescador a caña que se gobierna bien, porque cuando el abogado está abrumado por los negocios y el hombre de Estado tramando o desbaratando intrigas, nosotros, los pescadores de caña, nos sentamos en macizos de «primaveras», oímos cantar a los pájaros y nos poseemos a nosotros mismos, en tanta quietud como la de las silenciosas corrientes plateadas que vemos deslizarse tan quedamente a nuestra vera». Así se expresa Isaac Walton en su libro «The Compleat Angler».

Traslademos esta felicidad fluvial a nuestra costa, y podremos convenir que estos pescadores a caña de los cuales me han insinuado hablara, son la genuina representación del hombre dueño de sí mismo; del hombre que sabe encontrar el camino de la contemplación, despojándose, así, de la costra cotidiana de nuestros afanes.

Honestísimo, tranquilo e inocente recreo de estos hombres que ya sea en el atardecer, después de la laboriosa jornada, ya sea en la mañana o tarde de los domingos o días festivos, se disponen a darle la batalla a los peces. Una batalla que nada tiene de carnífera, y de la que no puede uno sonrojarse ante un San Francisco de Asís.

AVANCE

SAN FELIU DE GUIXOLS 3 DE OCTUBRE 1957 - NÚM. 501 - AÑO X

A todo lo llamamos música



¿Quién iba a pensar que llegaría un tiempo en que hasta el rebuzno del asno sería utilizado como sonido musical? Y también el ladrido del perro y el maullido del gato, etc.

Nunca seguramente como ahora habíanse ennoblecido, hasta considerarlos sujetos dignos de figurar en el pentágono, los gritos de los animales, por bien que algunos de ellos debido a su domesticidad hace ya milenios que son fieles amigos y servidores del hombre, y que otros, en ciertas latitudes y épocas se les haya atribuido la representación de deidades paganas.

Habíamos de llegar a la desintegración del átomo y en el umbral de los viajes interplanetarios para que todo sonido, o mejor dicho, todo ruido fuera musicalizado y entrara a formar parte del gran arsenal de las discotecas y de los archivos musicográficos.

Y juntamente con las expresiones guturales de toda clase de animales se echa mano, como es natural, de todos cuantos ruidos son susceptibles de producirse en la naturaleza, mezclados además, y combinados con la infinita gama de ruidos que pueden producirse con toda clase de materiales y utensilios, por bastos que estos sean.

En otro tiempo, no muy lejos del nuestro, hubiera escandalizado a cualquiera el oír una composición hecha con repiqueteo de hojalata, chasquidos de látigo y silbatos de carretero. Y más aún habría sido motivo de pasmo, si, entre esos sonidos extramusicales, se hubieran intercalado relinchos de caballo y mugidos de buey.

Pero, por lo visto, la subversión ha sido total en este aspecto del arte, como en tantos otros. Desde aquellos tiempos ha llovido mucho, y si bien en un principio provocaron algún revuelo esas músicas ruidosas y animalizadas, se han prodigado tanto y nos han llenado tanto las orejas con ellas que hoy ya

estamos habituados a sus «melodías» y las soportamos a todas horas y por todos los conductos, por la radio en primerísimo término. Hoy es cosa corriente oír, durante la radiación de un programa de baitables modernos, todo un repertorio de voces de animales, desde el croar de la rana hasta el rugido del león pasando por el variado surtido de los habitantes de una granja.

Ante este estado de cosas, cabe preguntarse: ¿Esta revolución en el arte musical es sólo un paréntesis pasajero, una moda destinada a una pronta caducidad, o bien es el comienzo de una transcendental inversión de valores en este exquisito arte y cuyo resultado abocará a concepciones completamente nuevas en el campo de la creación artística?

Pregunta difícil de contestar categóricamente y susceptible de provocar opiniones diametralmente apuestas.

Sin embargo, es un hecho innegable que cuando una innovación tan acusada se impone durante un largo período, con la aquiescencia de los unos y la aceptación pasiva de los más, prueba de que un cambio debe haber ocurrido en la mentalidad de las gentes que integran la época en la cual, el fenómeno ha sido posible.

Se puede colegir que la fuerza arrolladora de una minoría impone una moda, y que la gran masa de la población no hace más que seguir sus dictados, como ocurre en otros aspectos del arte y sus aplicaciones. Con todo, no es menos cierto que toda minoría, todo genio, incluso, es producto del medio ambiente en que se produce y ninguna transformación es factible si no encuentra medio favorable que permita su estabilización.

No queramos anatemizar, pues, un hecho cuya larga existencia le ha permitido afincar hondas raíces. Ni pretendamos tampoco aceptar como bueno un fenómeno por el solo hecho de haberse producido. Nos limitamos únicamente a dar constancia de él, mientras, inmersos en el anonimato del gran público, sin hostilidad ni entusiasmo, continuamos escuchando estos compuestos musicales aderezados con gruñidos de cerdo y ruidos de cacharrería.